

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Las almas jóvenes.

Murió Pi y Margall, el varón austero, el político serio, consecuente y convencido. Un fotógrafo de las almas, encargado de hacer su retrato moral, seguramente enfocaría la imagen en aquella ocasión postrera en que el noble anciano, ya al borde del sepulcro, acude al llamamiento de la juventud para confortarla, con acentos de animación y de esperanza, y halla la muerte en pleno desempeño de su generoso apostolado.

Murió Gladstone, el egregio estadista, el *great old man*, el último romántico de la política y del derecho de gentes. De entre todos los momentos de una tan larga vida, consagrada por entero al servicio de la justicia y de la patria, la posteridad admirará con preferencia aquel en que el insigne hombre de Estado, ya octogenario, levanta la bandera de la emancipación de Irlanda, consagrando el resto de sus fuerzas a la defensa de una santa causa y a la reparación de un gran crimen.

Muere Zola, el novelista sin rival, gloria de Francia, orgullo de su siglo. En toda su existencia de luchador sin descanso, de obrero infatigable, hay una hora suprema, épica: aquella en que el gran escritor, campeón de la justicia, caballero de la verdad, arriesga en plena senectud el fruto de una vida entera de labor, lanza un reto audacísimo a todas las potencias de las tinieblas concitadas contra la luz y acaba por salvar al inocente del martirio y a su patria de la reacción.

¿Han sido viejos esos hombres? Entonces nuestros *luses*, nuestros *koskas*, nuestros *niños góticos* son archicentenarios. ¿Qué importa el acta de nacimiento? Las almas tienen también su edad. Hay octogenarios que mueren en la adolescencia. Hay niños que nacen en la ancianidad. Si por juventud ha de entenderse la sazón de las grandes idealidades, de las nobles abnegaciones, de los generosos entusiasmos, la época dichosa en que el cerebro vibra con todas las ideas y el corazón palpita con todos los sentimientos, y el pecho se abre a todas las emociones, y la vida penetra por todos los poros y el espíritu acaricia todos los ensueños, Zola, Gladstone, Pi y Margall han muerto en la flor de su juventud. Si hemos de entender por vejez la estación de los tristes desencantos, cuando la sangre circula perezosa y el corazón se enfria y la voluntad desmaya y la fantasía se decolora y el cerebro es tardo y los sentimientos son obtusos y la vida pierde su sabor y el escepticismo mata la fe y la indiferencia mata el amor, y a los impulsos desinteresados suceden los cálculos egoístas, no pocos de entre nuestros adolescentes viven en plena decrepitud. Nació un viejo. Sobre ellos pesa sin duda el estigma de la caducidad colectiva de las naciones que se acaban y de las razas que se extinguen. No hay modo de comprender cómo en Bizancio pudo haber jóvenes.

¿Cosa extraña! Esa porción de juventud lacia, marchita, desmayada, desencañada, fría, calculadora, escéptica, indiferente, nos produce una impresión penosa que tiene algo de la repugnancia que inspira la contemplación de un fenómeno teratológico. ¿Por qué no experimentamos un sentimiento análogo ante el espectáculo de la vejez lozana, valerosa, soñadora, idealista? ¿No es también esta por ventura una anomalía? ¿No es también un anacronismo? ¿No está en el orden de las cosas que el anciano sea misoneísta, retrogrado, idólatra de lo pasado? ¿No va el desencanto del brazo con la experiencia? ¿Se acompañan las esperanzas con las canas? ¿No es lógico que el curso de los años amortigüe los entusiasmos y disipe las ilusiones? ¿Por qué, pues, lejos de causarnos desvío nos inspiran admiración los pocos hombres excepcionales para quienes los años no tienen escarnimientos y la vejez no tiene decepciones, espíritus singulares a los cuales la experiencia parece haber dado una enseñanza diametralmente opuesta a aquella que reserva al resto de los mortales?

¿Por qué? Porque esos hombres extraordinarios no erigen su propio desencanto en ley universal, ni creen que, cuando ellos envejecen, envejezca el mundo, ni que muera cuando ellos mueren. Porque la humanidad, por siempre renovada, siempre joven, admira en esas almas su-

periores la fuente viva de eterna renovación y eterna juventud. Porque es hermoso, sublimemente hermoso, de una sobrehumana hermosura, ver saludar desde el borde de la tumba a los siglos que vendrán y oír entonar a orillas de la muerte el himno inmortal de la vida.

ALFREDO CALDERÓN

La adoración de los Reyes.

Van pasando los reyes:
van con extraordinaria parsimonia,
con séquito lujoso,
cargados de coronas.

Tienen pardos camellos;
tienen manto de armiño en las espaldas
y zarcillos y piedras
en las manos cuidadas.

Todos empuñan cetro;
lo empuñan desde niños buenamente
y, mordiéndolo, empiezan
a brótarles los dientes.

Son los reyes pomposos
sobre el roído trono sustentados
por millares de guerras
hace millares de años.

Son águilas sin alas
nacidas en la punta de los montes,
que egoístas vegetan
perpetuamente inmóviles.

Son acaparadores
que recogen el trigo no sembrado;
son zánganos que chupan
la miel que no buscaron.

Vedlos majestuosos,
con mucho miramiento, recorriendo
sobre sus potros nobles,
la extensión de los pueblos.

Contemplan a los hombres
con un gesto de altiva indiferencia,
y muy pomposamente
las calles atraviesan.

En el fondo, una horrible
inquietud les agita; van marchando
y, al pasar, unos a otros
se miran asustados.

Van andando los reyes:
van siguiendo el reflejo de una estrella;
que los ha obsesionado;
que les mueve por fuerza.

Van a adorar a un Niño,
al pequeño Jesús de los humildes,
de los que van desnudos,
de los que a solas viven.

Van a adorar al hijo
de sus obras; nacido sin corona;
al que se hace a sí mismo
y a sí mismo se honra.

Ha nacido del pueblo
y entre las pobres pajas de un establo
y los reyes le temen
por sincero y por sano.

Con gran magnificencia,
con una gravedad respetuosa
le echan incienso y mirra;
le hacen grandes limosnas.

Y como domadores
que han cebado a la fiera, se retiran,
noblemente aguantando
sus coronas altivas.

Van pasando los reyes...
van pasando de prisa porque escuchan
el himno del Espíritu
vibrar por las alturas.

Van pasando los reyes...
y los recibe el árido desierto
de horizontes rojizos
y huracanados vientos!

E. MARQUINA

ESCENAS MESÓCRATAS

EL DONATIVO

La familia se levantó peor que desesperada, llena de abatimiento.

—¿Qué hemos de almorzar hoy?

Y no encontraba para la interrogación ninguna respuesta que fuera una esperanza, un consuelo. La casa de empeños no tenía nada que esperar; el prendero tampoco. Habían «volado» todos los objetos de valor y hasta los trapos sin valor ninguno.

—¿Qué haremos?

Revolvióse nuevamente la casa. Los mismos niños, precozmente enseñados a lo que es la lucha por la vida, prestaban su ayuda a la tarea.

—Mamá, ¿esto vale? Papá, ¿darán algo por esto?

Y siempre oían el mismo trasto:

—No, hijo mío, no; por esto no dan nada.

Fué a parar toda la familia a la cocina; a la cocina, acusadora de la necesidad sin espera y sin cura; al último «lugar de suplicio» de toda casa cuyos jefes, empezando en el despacho o en la alcoba, bajito, sin que nadie lo sepa, ni los niños se enteren, a tratar del apuro todavía gordo, por fortuna, acaban por *arramblar* con todo, por venderlo todo, por dar a todo el mundo, desde el amigo a la portera, publicidad de las miserias y las hambres que en la murmuración de vecindad tradúcese a la postre con esta frase humillantemente compasiva:

—Ayer, a los tres de la tarde, aún no tenían lumbre en el fogón.

Y allí, en la cocina, junto al horno sin fuego, los niños y la madre comenzaron a llorar quedito, y el padre, con voz baja, sorda, a maldecir.

—¿Si hubieran arreglado eso!

Soltó el padre un juramento y añadió:

—No, hija, no, en eso ya no esperes. La sociedad *El Altruismo*, si concede un socorro, lo concede en seguida y en seguida lo entrega. Hace ocho días que envié mi solicitud y no me han contestado. Eso es pleito perdido. El último bochorno, y el mayor bochorno y para nada.

A esto llamaron al portón. Salió a abrir la mujer, esperando algo desagradable, un acreedor, quizás. Era un ordenanza con una carta, una especie de oficio.

Cuando nerviosamente el padre, no abrió, desgarró el sobre, alargó el pliego a la mujer; sin hablar; no podía. La sociedad *El Altruismo* comunicaba, con fecha del día anterior, que mañana—es decir, hoy, comentaba la madre—un individuo de la directiva presentaría a la familia para entregarle quinientas pesetas.

Un momento, un intensísimo momento de silencio—un minuto equivalente a un mes a un año, a un siglo de sentir interno, si queréis—sucedió a la lectura. Luego fué dominando la reacción que se tradujo al fin en esta alegre queja de la madre:

—¿De suerte que tenemos quinientas pesetas y no tenemos que almorzar?

—¿Qué no! ¡Ya lo creo que tenemos! Ahora mismo cargamos con lo último que queda; con lo que no hemos tocado, ni por nada tocaríamos; con las mantas de las camas de éstos. Están buenas; darán dos ó tres duros por ellas; almorzamos espléndidamente; traen luego el dinero y a la noche ya estarán las mantas en sus camas.

Los dos niños pequeños miraron con algo de inquietud al padre. Tantas veces le oyeron decir: «Hijo mío, no te apures; esto me lo llevo, pero en seguida vuelve», que sospecharon, temieron por el abrigo de sus noches.

—No, hijos míos, es verdad; mira, lo dice este papel; luego nos van a traer dinero, mucho, y os traeré las mantas y los trajecitos y juguetes.

Los niños, plenamente conquistados, cobrando confianza en el rostro regocijado de la madre, miraron, esta vez con alegría, cómo el padre marchaba con el voluminoso paquete.

Esperaron ansiosos a papá, el cual volvió en seguida con dos ó tres pequeños bultos, «y más y más—decía lleno de contento—que traerán volando». Y a poco el chico de la tienda con vino, y queso, y pescado, y frutas y jamón.—*De todo*—repetía la mujer.

Como no había mesa de comedor—pero en seguida iba a comprarse otra—lo que no fué pre-

ciso llevar a la cocina, quedó allí en el destarado gabinete.

Sobre la chimenea, en el veladorcillo cojo, en las sillas, las botellas de vino, de dos clases, tinto y «del dulce que le gustaba mamá»; el jamón en sus lonchas apetitosas; las aceitunas, los pasteles, todo extendido, todos los papeles abiertos para recreo de la vista, para indemnización anticipada del estómago en hambres, para que fuera picoteando la familia, en tanto que allí dentro se animaba la lumbre, freíanse los filetes y se asaba el pescado. Toda la tropa en alborozo; el padre no cesaba en sus viajes del comedor a la cocina, siempre con un trocito de jamón ó un par de aceitunas y una copa de vino para la mamá, que lo tomaba riendo, diciendo que no tanto, que iba a emborracharse. El padre volvía por el pasillo silbando, con la vacía copa, en que había de beber toda la familia, en la mano, para llevarla para beber él, para dar a los chicos, para dirigirse luego a un lado de la chimenea y coger satisfechamente un cigarrillo del paquete que estaba entre una caja de cerillas y dos cigarros puros.

—¿Cómo va eso? ¿Cómo va esa comida?

—Tarda. Esperarse. Niños, no gritar.

—Que griten, que hagan lo que quieran.—Y en una transición:—Luego hay que hacer la lista de lo que podemos desempeñar y comprar.

—Te hace falta un traje. Para ir a la calle no tienes ni una hilacha.

—Lo sé.—Y atenuando un poco la alegría:—¿Hay que hacer tantas cosas!...

Llamaron el portón. Sin decir nada, abrió uno de los chicos. Y el padre, desde el centro del gabinete, donde apuraba otra copita, vió a un caballero canoso, con gafas, correctamente embutido en una levita, sobre la cual lucía el botoncito de una condecoración.

El viejo entró sin pedir permiso, descubriéndose con desdenosa cortesía.

—El señor...

—Servidor de usted...

Hubo un silencio. Era una situación difícil. El jefe de la casa no tuvo tiempo de componer su fisonomía. El visitante clavaba, más que fijaba, su vista en los manjares, en el vino, en el tabaco...

—Soy individuo de la sociedad *El Altruismo*. Ella me envía para decir a usted que siente mucho rectificar el oficio que habrá usted recibido; que no tiene fondos de momento, pero que dentro de ocho días le pasará nuevo aviso para entregarle el socorro determinado. Usted lo pase bien.

Por la noche, en la Junta ordinaria de *El Altruismo*, el viejo imbécil pronunció un discurso. Pintó el cuadro que había encontrado por la mañana al ir a entregar el donativo. Una familia seguramente de sablistas, comía, bebía, se divertía, sin revelar la menor necesidad.—«Cada día debíamos de tener mayor cuidado en que la falsa necesidad no nos explote. Yo, sin contar con ustedes, he suspendido la entrega del dinero que llevaba. ¿Aprobáis mi conducta?—Puesto que la aprobáis, opino que este socorro debe darse a ese otro solicitante, por los informes que tenemos de él, un digno hombre, y que hace cuatro días nos envió una instancia.

Aquella misma noche las quinientas pesetas se enviaron a Tartufo. Los otros angelitos se acostaron sin manta. Y una maldición ó una carcajada, porque no se oyó bien, ni nadie supo de dónde procedía, cayó sobre la mayor parte de las caridades.

CLAUDIO FRÓLLO

IRRECONCILIABLES

(ANTE UN CUADRO DE VILLEGAS)

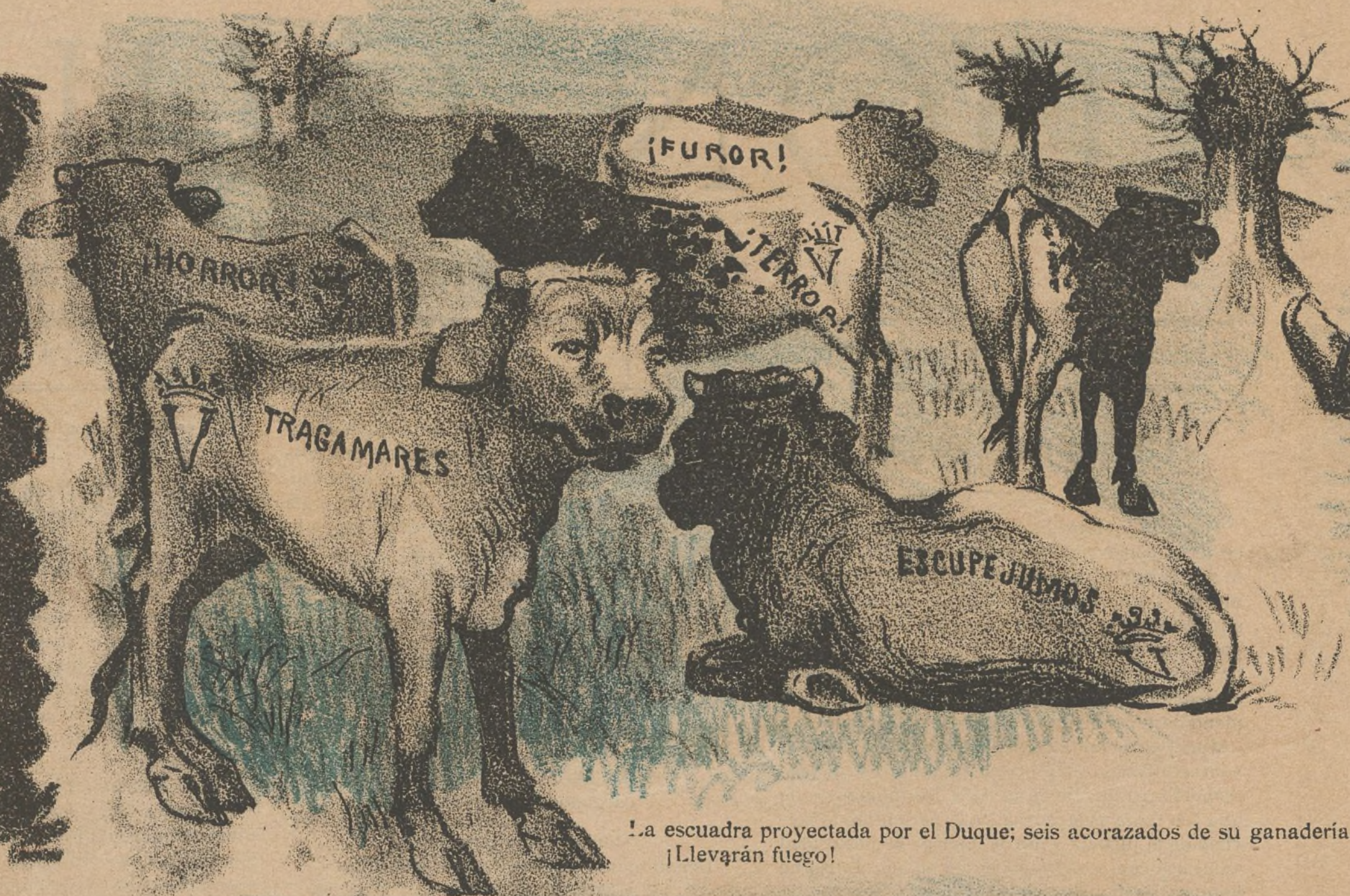
Se miraron los niños
al encontrarse,
y ardieron en sus ojos
rayos fugaces,
de altivez y de envidia
dando señales,
al mirar tan tremendas
desigualdades...
Iba el uno entre sedas,
tules y encajes;

DON QUIJOTE

ESTADÍSTICA
MUNICIPAL
MADRID



Don Segis.—¡Bueno me han puesto entre los de La Línea y los del pimentón!



1.ª escuadra proyectada por el Duque; seis acorazados de su ganadería.
¡Llevarán fuego!



Procedimientos del Gobierno para resolver la cuestión social.



EN EL BANCO AZUL
¡Vaya unos Ministros liberales!



LOS NUESTROS.—JOAQUÍN VICENTA



EN EL CAFÉ.—¡Ya ven ustedes si el Gobierno es clerical que van á hacer Ministro á Santa María!...



—Mire V. D. Segis, parece que llueve sangre.
—No se apure V. D. Práxedes, son cuatro gotas y caen en La Línea, un pueblo sin importancia!



Don Paco.—¡Caramba, ahora que quería yo hacer una fuerte oposición al Gobierno resulta que se me ha mellado la florentina.

iba el otro haraposo,
con cara de hambre...
Como en la vida abundan
estos contrastes,
junto á la risa el llanto
suele encontrarse,
y así ricos y pobres,
chicos y grandes,
de las pasiones sufren
el rudo embate...

Los niños serán hombres
serios, formales;
si otra vez, por acaso,
vuelven á hallarse,
al ver del rico el lujo
desesperante,
recordará el pobrete
la hermosa tarde
en que le vió cubierto
de tul y encajes;
y aunque crea que nada
puede arreglarse,
pues siempre ha de haber ricos
y miserables,
su alma, llena de dudas
y de ansiedades,
no podrá con el rico
reconciliarse!

JOSÉ JUAN CADENAS

DESGRACIADAMENTE

—¿Por qué volvéis á la memoria mía
tristes recuerdos del placer perdido?
—Escucha.
—Ya empiezan las interrupciones!
—No, hombre; es que no me he acordado de decir á la criada que suba una muestra de esos garbanzos de á cuarenta.
—Mira tú que dejar á Espronceda para ocuparse de garbanzos...
—No te incomodes. Después de todo, también Espronceda comerá cocido.
—Porque la sociedad no recompensa á los grandes hombres.
—Ni que el puchero fuese un castigo.
—Pero es una vulgaridad.
—Muy sabrosa.
—En fin, ¿leo ó no?
—Sí, hombre, lee. Estás chocho por Espronceda.
—Ya lo creo.
—Pues yo tengo noticia de que no se deben leer sus poesías.
—Eso lo dice tu madre, que trata ahora de ganar el cielo.
—Mira, deja en paz á mi madre, que te quiere lo que no te mereces.
—¿No lo merezco?
—Hablas mal de ella.
—Y ella habla mal de Espronceda.
—Y tú mismo.
—Yo, no.
—Hay poesías que no me las lees.
—Porque no debes oírlas.
—¿Por qué?
—Hay cosas peligrosas.
—¿Qué miedo!
—Lo dicho, dicho; ¿leo ó no?
—Espera; voy á darle el recado á la criada.

Petra!
—Mande usted, señorita.
—Cuando bajas te subes una muestra de...
—Usted perdona, pero no me he acordado de que antes vinieron á avisar de casa de los señores de Márquez.
—¿Cuándo?
—Hará una hora.
—Venga el sombrero. Esta chica es peor que un practicante. Adiós, y no me aguardes á cenar.
—¿Y si vienes temprano?
—No puede ser. Es que la señora de Márquez va á dar á luz. Tenemos para toda la noche. Allí cenaré. Adiós.

El doctor pasa la noche fuera de su casa, y la esposa del doctor pasa la noche leyendo *El Diablo Mundo*.
Nunca le había ocurrido estar media hora seguida con un libro en la mano. Y entonces...

La prohibición es causa de apetito.
Desgraciadamente, todo lo que es peligroso se hace necesario.
Esto será un peligro social, pero el peligro existe.

P. D. Conviene á mis intereses irme haciendo peligroso.

SILVERIO LANZA

LANZADAS

¡Qué gran triunfo el obtenido por el gobierno en La Linea! ¡Siete obreros muertos y cinco gravemente heridos! ¡Así se resuelve la cuestión social! ¡Con sangre!

¡Que sea enhorabuena, Sr. Sagasta!

¡Pero cómo nos vamos á divertir!
El señor duque de Tetuán amenaza con hacer al gobierno una ruda oposición en el Senado.
Y ya sabemos todos cómo las gasta el duque.
¡Nada, que ya verán ustedes cómo se le hincha algo á Moret!

El Siglo Futuro no respeta á muertos ni á vivos, en su furor católico.
Y lo mismo calumnia á Salmerón que injuria al gran Zola.

¡Pobrecito necedal!— así, con ene minúscula, para empequeñecerle más el apellido—, condenado al suplicio de la eterna envidia!

Preguntan á Capdepón:

—¿De modo que es usted materialista?

—Sí, señor; materialista; *¡con toda mi alma!*

El crimen de todos los días: el amante que mata á su querida.

Hemos degenerado hasta en eso.

Ya no somos valientes más que con las mujeres.

Que es el colmo de la valentía, según parece.

¡Raza de chulos!

En Pontevedra han despedido á Montero Ríos al grito de

—¡Viva el padre de los pobres!

¡Y luego negarán que los gallegos son guasones!

¡El padre de los pobres!

¡Que se lo pregunten á D. Simón Rivas!

¡Pero qué contentos están los conservadores!

Silvela—¡qué transformación la de su cara, vida de alegría!— celebra conferencias secretas con los personajes de su partido; Dato se ha mandado hacer ropa nueva; Maura, impaciente, nervioso, se ha probado ya varias veces su antiguo uniforme de ministro que sigue estándole un poco ancho; Azcárraga no come, ni bebe, ni reza (¡se va á morir ese hombre!); á Sánchez Toca se le alarga cada vez más, de modo espantable, la enorme nariz; Villaverde no sueña más que con la credencial; Rancés no hace ya chistes...

¡Síntomas tremendos todos estos!

¡Los bárbaros están á las puertas de Roma!

Diálogo entre Sagasta y Moret:

—Diga usted, D. Segis, ¿qué va usted á hacer de sus proyectos cuando se abran las Cortes?

Moret, un tanto escamado:

—Pues presentarlos á las Cámaras.

Sagasta, con risita de conejo:

—Llévelos usted antes, por favor, al Registro de actos de la última voluntad.

Ha muerto en Cartagena el diputado republicano Sr. Prefumo.

Y—entérese el Sr. Moret—no ha dejado su casa hipotecada.

DON QUIJOTE

PRIMAVERA

Fué una mañana paseando por las frondosas alamedas del Retiro; bajo la sombra de aquellos árboles robustos, sobre cuyas ramas gorjean los pájaros celebrando con notas vibrantes el festival de sus amores, y entre cuyas hojas se quiebran, formando caprichosos matices, los rayos del sol, mientras el aire las agita y columpia con suave y lascivo cuchicheo para descubrir á intervalos las azules tonalidades del cielo, de ese cielo donde pone siempre sus ojos el que apetece algo infinito que le libre, aun cuando sólo sea por breves instantes, de las miserables pasioncillas y de las ruines ambiciones que constituyen la síntesis suprema y definitiva de la existencia para la mayor parte de los humanos.

Siendo tan hermoso el espectáculo de la Naturaleza, son muy pocos los que dedican un par de horas á contemplarlo. ¿Por qué? Porque tales contemplaciones equivalen á perder el tiempo, en opinión de los hombres prácticos.

Ocupar dos horas diarias en ver cómo los árboles enlazan sus ramas y columpian sus hojas; cómo las flores abren sus capullos de tonos encendidos para deshacerse en perfumes, así como el canto de los pájaros se deshace en misteriosas armonías, y el murmullo de los arroyos en suspiros, y las nubes en jirones de ópalo, y los rayos del sol en polvo luminoso cernido por las ondas inquietas y transparentes del aire; todo esto, ni vale nada, ni significa nada á juicio de quienes pueden emplear ese par de horas adulando á un imbécil, humillándose ante el éxito, traficando con su conciencia y jugando á los cubiletes con su dignidad, para prepararse una vejez tranquila y repleta de comodidades y bienandanzas. A esos—y por semejante patrón se hallan cortados casi todos los que llamándose próximos en el mundo se esfuerzan en dar al prójimo contra una esquina—les importa tanto de la Naturaleza y de

sus primores, como á mí de los autorzuelos intermitentes que transforman la literatura en mercancía, y el escenario en mostrador de vulgaridades y de indecencias.

Pero, en fin, yo, que no pertenezco, y es una lástima, porque andando los años podría ser subsecretario y hasta ministro (con menos méritos que yo, teniendo yo tan pocos, andan por ahí muchos y nadie se extraña); yo, que no pertenezco, repito, á esa pléyade de logrereros que ni perdonan minuto ni reparan en medios para ser cosa que produzca buenas rentas sin grandes trabajos, tengo la mala costumbre de proporcionarme las satisfacciones no positivas que al espectáculo de la naturaleza se refieren, y una mañana, como dije antes, paseaba por el Retiro, ensanchando mis pulmones con el aire fresco de la primavera y refrescando mi alma en aquel paisaje lleno de luz y casi desprovisto de figuras humanas.

De pronto tropezaron mis ojos con un ser tendido en la hierba, que medio le cubría con su manto fresco y oloroso. Era un niño de cuatro ó cinco años que dormía bajo la ancha sombra de un árbol, con la tranquilidad sublime de la infancia y con el sereno descuido de la inocencia.

Envuelto en jirones mal remendados, por entre los cuales aparecía su carne sonrosada y fresca, desnudos los pies y abiertos los brazos en cruz, entregábase al reposo sin que una sombra de tristeza ó de angustia se dibujase en su frente hermosa y ennegrecida por la intemperie, sin que un pliegue de tristeza viniese á enturbiar la sonrisa de ventura estereotipada en sus labios, y sin que una madre, ni una hermana, ni un amigo, ni nadie, velase su sueño, respetado por el sol mismo, que tímida y medrosamente, más como quien acaricia que como quien quema, resbalaba por su cuerpecillo escorizado é inmóvil.

Y no obstante, aquella criatura dormida era un ser abandonado; una de esas víctimas de la suerte que se maldicen al nacer, que se arrojan al mundo con vergüenza, que se crían en el arroyo y que, empujadas por la miseria, flotan sobre este oleaje de la vida, para sumergirse en las profundidades, sin que el recuerdo de una caricia endulce su infortunio, ni las expansiones de un efecto puro consuelen su desgracia.

¡Pobre ser falto de amparo y de protección el que yo contemplaba entonces! ¡Qué realidades más tristes le aguardaban en el porvenir, y qué ensueños más deliriosos debían acariciarle en el presente! Yo le miraba con lástima y con envidia á un tiempo; con envidia, porque era niño; con lástima, porque estaba obligado á ser hombre; hubo un instante en que me incliné para besar su rostro; pero no lo hice. Robar una hora de ventura á quien tan pocas iguales á ella debía poseer en el mundo, parecíame una imprudencia y una injusticia.

Tales eran mis pensamientos, cuando me distrajo de ellos un rumor de pasos y voces que sonaban en un sendero próximo, oculto á mis ojos por el tupido manto de verdura que á uno y á otro lado de la alameda se extendía. Aparté las ramas para mirar, y vi una pareja deliciosa, una mujer y un hombre, jóvenes los dos, hermosa ella, fuerte él; y apasionados ambos; el amante cenía con un brazo el esbelto cuerpo de la muchacha, mientras deslizaba en su oído, en su corazón sin duda, tiernas frases de amor, de las cuales sólo llegaba hasta mí un eco dulce é indescifrable.

Solos, perdidos para los ojos de la gente en aquella solitaria encrucijada, acompañados por el canto de los pájaros, por el chasquido de las ramas, por el cuchicheo de las hojas, por las vibraciones del aire y por los átomos de luz que se acariciaban en el espacio, iban los dos amantes gozando de su amor y extasiándose en su ventura.

Ella volvió el rostro; los labios del mozo se apoyaron con ansia y con delirio en los suyos, y uno y otra se ocultaron en una de las revueltas curvas del camino.

Yo los miré á ellos, miré después al niño, y establecí entre las dos imágenes relaciones y consecuencias que me hicieron maldecir de la sabia organización social, donde el amor y sus grandiosas expansiones pueden provocar, y provocar, lágrimas sin cuento, desdichas irreparables, mientras en la naturaleza sólo producen pájaros que cantan, ramas que se unen, flores que recrean la vista y que epiquecon el ambiente con su aroma; la perpetuidad de la vida, en fin, sin manchas que la obscurezcan ni desamparos que la prostituyan.

JOAQUÍN DICENTA

LIBROS

El editor Sempere, incansable en su tarea de dar al público libros buenos y baratos, acaba de publicar dos obras importantes.

Una es del inmortal Víctor Hugo, y se titula *El sueño del Papa*. De todas las obras del famoso poeta, ésta es la menos conocida, á pesar de su gran valor. Es una sátira de los Papas que olvidan por completo la misión cristiana y sostienen los mismos abusos que anatematizaba Jesús. La

ironía de Víctor Hugo y su vasta concepción de la humanidad brillan en esta obra. Además completan este volumen obras tan importantes como *Religión y religiones*, *El asno* y *La ciudad luz*. Es todo lo que escribió Víctor Hugo en la última época de su vida, cuando su espíritu había llegado al grado más supremo de bondad y anhelo de justicia.

La otra obra publicada por la casa Sempere, es *La mujer gris*, del célebre novelista alemán H. Sudermann, el autor de *El deseo* y *El camino de los gatos*.

La mujer gris es un delicado estudio del alma femenil que se lee con gran atención. El interés de la novela es grande y tiene la fuerza dramática de todas las obras de Sudermann.

Tanto el libro de Víctor Hugo como el de Sudermann se venden, cual todos los de la colección de «Libros populares», al precio de una peseta y forman dos hermosos volúmenes.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Cuando se abran las Cortes presentará el diputado más *chie* del Congreso una proposición que diga: «Todas las personas elegantes quedan obligadas á comprar muebles en el gran establecimiento de A. Vallejo, Alcaid, 17».

Dicen que Montilla se va del Ministerio. Pues le aconsejamos que se asegure antes la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*. ¡Y así hará dos negocios buenos de una vez!

Digan lo que digan los termómetros, en invierno y en verano no hay mejor bebida que el *Anís del Mono*.



ES EL MAS FINO,

EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos.

De venta en todos los estancos de España.

Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana.

De venta en todos los estancos de España.

Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.